

LA GUERRA PARTICULAR DEL MARQUÉS DE TENEBRÓN

ÁNGEL RODRÍGUEZ SÁNCHEZ*

RESUMEN: El Marqués de Tenebrón, autor de unas memorias sobre su vida, gestión en cargos públicos y hazañas militares en la guerra hispanoportuguesa de 1640, es un devoto que exagera la actividad militar española.

SUMMARY: The Marquis of Tenebrón, author of memoirs on his life, his management of public offices and his military exploits in the Spanish-Portuguese war of 1640, is a devotee who exaggerates Spanish military activity.

PALABRAS CLAVE: Guerra / S. XVII / Salamanca / Portugal.

* Universidad de Salamanca

LA APARICIÓN DEL ALMA DE DOÑA JERÓNIMA

Antes de ocultarse definitivamente en la eternidad y en el año 1675 de los vivos, la difunta Doña Jerónima de Cisneros y Moctezuma se hizo visible a su criada María en su casa de la villa extremeña de Alcántara. La aparición se presentaba tal y como la recordaba la criada María con la sola diferencia de que despedía un resplandor llamativo, que ella describía como si la difunta estuviese quemándose por dentro. Doña Jerónima pidió a María que llamase a su marido Don Félix Nieto de Silva, Maestre de Campo en Extremadura y a la sazón en Madrid donde se hallaba realizando una serie de entrevistas con personajes de la corte para procurarse un cargo mejor. La criada María, que probablemente no supiera escribir, contó lo que sucedía a otra criada llamada María Pantoja. Ésta escribió una carta a Don Félix comunicándole la aparición, reclamando su presencia en Alcántara y notificándole que la difunta solicitaba que se le dijese unas misas a la Virgen de la Peña de Francia.

Don Félix se asustó y fue a contárselo a su confesor Jerónimo Timonel; éste razonó que era mucho más fácil que el alma de Doña Jerónima se desplazase a Madrid en vez de viajar Don Félix a Alcántara. Con este consejo Don Félix escribió a su criada y al poco recibió una nueva carta en la que se le decía que el alma de Doña Jerónima no tenía licencia para viajar a Madrid y que Don Félix debería presentarse en Alcántara antes de la festividad de Todos los Santos. Esta vez el confesor aconsejó a Don Félix que fuese a Alcántara. Se puso en camino el 19 o el 20 de octubre y llegó a Alcántara el día 28. Antes de entrar en la villa confesó y comulgó, llegando a su casa entre cuatro y cinco de la tarde. Tras saludar a su mujer, la Condesa de Torrejón¹, y a sus hijos del anterior matrimonio, Don Félix subió con disimulo al cuarto de la criada María Pantoja y ésta llamó a María, “moza de cámara” de la difunta. Cuando ésta se presentó lo hizo acompañada de Doña Jerónima; según la criada, la difunta se encontraba a su lado. Don Félix no veía nada y pidió a la criada señales de la presencia real de su primera mujer. Le pidió que con la mano le indicase la altura de la difunta, cosa que la criada María hizo con toda exactitud colocando su mano en una de las paredes del cuarto. También le pidió que la difunta hablase con él, contestando la criada que Doña Jerónima no tenía licencia para hablarle. No obstante María transmitió la solicitud de la difunta: habrían de decirse siete misas a la Virgen de la Peña de Francia y toda la familia debería comulgar por ella. Tal como había indicado se dijeron las misas y al día siguiente comulgó la familia.

El alma de Doña Jerónima volvió a aparecerse a María. Cubierta con el mismo vestido con que fue amortajada, tenía la cara descolorida y los ojos cerrados. María dijo que Doña Jerónima la había llevado a las iglesias de Alcántara a rezar salves y estaciones, y que ya no padecía las penas que la hacían aparecer como quemándose por dentro. Don Félix exigió a su criada que la difunta se hiciese visible para verla y que si ello no fuera posible, que al menos le hablase; pero Doña Jerónima

1. Se había casado con ella a los dos años del fallecimiento de Doña Jerónima.

ni se hizo visible ni quiso hablarle. En aquellas circunstancias Don Félix comenzó a sospechar que la aparición era maligna: ordenó a María que hiciese la señal de la cruz y la diese a besar a la difunta. Así se hizo y Doña Jerónima debió molestarse con la sospecha de su marido y se negó definitivamente a hacerse visible y a hablarle. Don Félix ordenó a su criada que fuese a contarle lo que sucedía al pre-pósito de los franciscanos que gozaba de fama de hombre docto. Pero ello no tranquilizó a Don Félix. Llegó a pensar que la aparición era maligna y que el diablo le había hecho viajar a Alcántara para tentar con mayor facilidad en Madrid a un amigo de Don Félix que tenía amores ilícitos con una dama y al que había amonestado afeándole la inconveniente relación. Así transcurrieron las cosas hasta el 2 de noviembre; ese día, María le dijo a Don Félix que su señora se había ido a descansar; según contó, ella estaba fregando unos platos sucios cuando un resplandor anticipó la llegada de unos angelillos blancos como de alabastro llevando una serie de instrumentos musicales: uno de ellos llevaba un tambor, otro un rabel y otro unas sonajas. Antes de desaparecer con los ángeles, Doña Jerónima le dijo a María que transmitiese a su marido su deseo de que fuese bueno. Así cesó la duradera aparición que nunca más volvió a repetirse; Don Félix escribió una carta a su confesor contándole todo.

Este suceso tuvo una singular importancia en la vida de Don Félix, pues por los días de su viaje a Alcántara hubo un atentado en el Retiro de Madrid que puso en peligro la vida del primer ministro Don Juan. Con el paso del tiempo, Don Félix fue sospechoso del intento de asesinato y hubo de probar su ausencia de Madrid. Fue investigado por obispos y ministros especialmente enviados por la Corona hasta muy tardíamente. Tal era la desconfianza e inseguridad del primer ministro de la Monarquía que, además de seguir adelante con la sospecha, procuró involucrarle en un asunto de fraude comercial. Sin embargo, dos cartas le salvaron de la pérdida de su honra; una, la que escribió a su suegra el 30 de octubre notificándole que se hallaba en Alcántara y que su hija y la familia estaban bien. Otra fue la que escribió a su confesor madrileño Jerónimo Timonel contándole el episodio de la aparición. Ambas cartas significaron la reconciliación del primer ministro con Don Félix y el que éste obtuviese la prebenda de gentilhomme de cámara de su majestad. El miedo a que la visión de Doña Jerónima fuese obra del maligno se desvaneció un par de años más tarde y fue sustituido por el reconocimiento a la Virgen milagrosa de la Peña de Francia, como se verá en muchas otras ocasiones.

No fue ésta la única experiencia; cinco años más tarde, en la noche del viernes 20 de diciembre de 1680, Don Félix y la Condesa, “preñada de cuatro faltas”, padecían una tremenda tormenta junto con otros pasajeros del barco en el que viajaban a Tenerife. Tal era la bravura del océano que Don Félix arrojó a las aguas un trozo de tela del vestido de la Virgen de la Peña de Francia que le habían enviado los frailes de su convento de la provincia de Salamanca. A la misma hora, en Granada, el alma de su hija Juana, que contaba con dos años de edad y que había fallecido aquel mismo día a las dos de la tarde en casa de su abuelo el Conde del Arco y Marqués de Villafiel, se le apareció a Sor Jacinta, una religiosa del Ángel más cono-

cida en Granada como la Niña Santa. La niña le dijo a la monja lo siguiente: “Dile a tu fraile que les diga a mis abuelos que no me lloren, que no podían darme lo que yo tengo; que peor fuera que vieran otro dolor mayor en mis padres”. El fraile, fray Diego del Santísimo Sacramento, era hermano de la religiosa y pertenecía a la orden de los Mercedarios Descalzos, transmitió el recado a los abuelos y éstos a Don Félix, quien atribuyó la muerte de su hija a un ofrecimiento antiguo de su mujer, si la Virgen de la Peña de Francia les sacaba de una situación difícil.

Con apariciones o sin ellas, Don Félix Nieto de Silva fue un gran devoto de la Virgen de la Peña de Francia y a su particular favor achacó la mayoría de sus éxitos militares, el salir bien parado de un conjunto de accidentes domésticos y enfermedades de él y de su numerosa familia, y su capacidad de gobierno en los destinos que tuvo: Alcántara, Cádiz y Orán.

EL CUERPO Y EL ALMA DE DON FÉLIX NIETO DE SILVA, MARQUÉS DE TENEBRÓN

Don Félix Nieto de Silva nació en Ciudad Rodrigo, bautizándose en la iglesia de las Descalzas de dicha ciudad, el 19 de julio de 1635. Era obispo Don Juan de la Torre y Ayala y el sacerdote que lo bautizó fue el bachiller Juan de Pedraza, siendo sus padrinos Don Diego Hurtado de Mendoza, Corregidor de Ciudad Rodrigo, y su mujer Doña María de Peralta. Sus padres fueron Don Félix Nieto de Silva, Conde de Alba de Yeltes y Doña Isabel de Sá y Coloma. El 25 de noviembre de 1690 acabó sus *Memorias*² en Orán y el 8 de febrero de 1691 hizo testamento, muriendo dos días más tarde de unas fiebres sincopales.

El cuerpo de Don Félix padeció numerosos accidentes a lo largo de los 56 años de su vida; todos ellos, tanto en la paz como en la guerra, le dejaron secuelas físicas y espirituales. La más importante de estas secuelas fue la firme creencia de que sus salidas con bien se debieron a una especial atención de la Virgen de la Peña de Francia. Su creencia está presente en todos los capítulos de sus memorias y se proyectó sobre su entorno familiar y sobre sus actividades como militar y como gobernante; todos los sucesos, positivos y negativos, se los atribuyó a la milagrosa imagen que le acompañó con diversas “reliquias” en todos sus viajes y en su experiencia militar: tierra de la cueva donde fue encontrada la imagen, vestidos viejos

2. Las conozco gracias a mi buen amigo Angel Barrios. Publicadas en 1888 por Don Antonio Cánovas del Castillo en la Sociedad de Bibliófilos Españoles, las *Memorias del Marqués de Tenebrón* se presentan en 61 capítulos, la mayor parte de ellos de extensión breve, escritos con cierto desorden cronológico y temático. La edición de Cánovas del Castillo se completa con un Apéndice que contiene el capítulo IX de la *Crónica de los Templos de Milagros que hay en el mundo de la Virgen*, obra del licenciado Jaime del Portillo y Sosa, chantre de la iglesia catedral de Guatemala, la jornada tercera, escena última de la comedia *La Peña de Francia* de Tirso de Molina, la partida de bautismo de Don Félix Nieto de Silva y *Lo que ha obrado Don Luis Nieto de Silva, Vizconde de San Miguel, en el Corregimiento de Zamora, cuyo trienio cumplió en 21 de septiembre de este año de 1654*, que es un anónimo memorial contra los excesos escandalosos que cometió en su gestión al frente del corregimiento zamorano y de la frontera con Portugal en los años finales de la Guerra de Restauración.

de la Virgen, algunas medallas, una reproducción de la imagen y como contrapartida, pinturas de encargo para embellecer el santuario y exvotos diversos que fue enviando a la capilla de la Virgen para dejar testimonio de los muchos beneficios recibidos.

El primer "milagro" del que fue sujeto principal Don Félix ocurrió en Ciudad Rodrigo: siendo niño de cuatro o cinco años se tragó un alfiler jugando con un capellán de su casa; el padre ordenó preparar su sepultura en las Descalzas pero el niño expulsó el alfiler sin que padeciese lesión alguna. El cuerpo infantil y juvenil de Don Félix sufrió otros accidentes y situaciones en las que volvió a ver la especial protección de la Virgen: el acoso de un toro, la caída de una escalera a la que había subido para coger unas uvas; cuando cuenta diez o doce años un caballo desbocado que montaba le obliga a hacer un esfuerzo que le lesiona las piernas; la caída de una yegua con la que intentaba picar a un ciervo en un corral salmantino, le produjo una conmoción que le hizo perder el habla durante días y las cozes que le propinó una mula en El Cubo de Don Sancho y que le dejó marcadas las herraduras en las piernas, son los principales sucesos de una etapa de juegos infantiles que comparte con primos y criados en las periódicas estancias que tuvo en otras casas y lugares de la familia.

Las memorias también narran las angustias que padeció Don Félix: estuvo preso en varias ocasiones; en tres de ellas lo estuvo por participar en desafíos y duelos en Ciudad Rodrigo, Guinaldo y Pinto, y en una cuarta fue prisionero de guerra en Almeida en 1660, donde padeció más su honor que su cuerpo al querer ser canjeado por un traidor que deseaban juzgar y sentenciar los portugueses, siendo él hidalgo y el traidor no. De carácter violento y engreído, se agiganta en sus escritos como valeroso soldado, buen capitán, astuto gobernante y fiel devoto de la Virgen de la Peña de Francia. Sin embargo le acompañó el miedo en muchas ocasiones: en el verano de 1654, siendo capitán en Galicia, estando de guarnición en Verín, como no sabía nadar probó aprender en el río con unas calabazas atadas con cuerdas. El fallo del salvavidas le dejó sumergido cabeza abajo y tuvo que ser sacado del río por un lacayo y por la Virgen. Nuestro personaje transmite también su obsesión por la confesión sacramental; en las ocasiones en que presume la posibilidad de un peligro real, en vísperas de tener que realizar misiones especiales, como acompañar a un convoy de abastecimiento, o en la víspera del día en que supone que va a entrevistarse con el alma de su primera mujer, busca la proximidad de los conventos de franciscanos para poner en paz su conciencia. También la escasez, la peste, los peligros de la guerra y las travesías marítimas fueron especiales motivos de preocupación: siendo gobernador en Cádiz y en Canarias tuvo que emplear toda su habilidad negociadora con las naciones de mercaderes y panaderos para abastecer de grano a los gobernados y fijar un precio asequible del pan y, además, dedicar parte de su dinero personal, joyas de su mujer la Condesa y el bizcocho de su despensa para tratar de garantizar unos niveles mínimos de solidaridad. En Lumbrales, la sed y la proximidad de un destacamento portugués que acosaba a los soldados que mandaba Don Félix le obligaron a refugiarse en la

iglesia parroquial y a beberse el agua bendita y el contenido de la lámpara del Santísimo. En Orán su preocupación estuvo determinada por los incumplimientos de la hacienda regia: la ausencia del dinero comprometido puso en peligro en más de una ocasión la presencia castellana en el norte de África.

Acabada su gobernación en Cádiz viajó con su familia a Granada para ver a sus parientes; la peste atacó a sus suegros, su mujer malparió y enfermó de tercianas, muriendo su hija María y una docena de criados y criadas, pese a que a sus expensas se habilitara un hospital en Loja para atención de toda su familia y de sus allegados.

Los peligros de la guerra fueron constantes: en 1658, con ocasión del sitio de Badajoz, fue herido de un pistoletazo y de una estocada y estuvo con el brazo derecho inmovilizado por el tiempo de dos meses. En otra operación militar en las cercanías de Ciudad Rodrigo, cayó al río Águeda y como no sabía nadar tuvo que rendirse. En Yelves se salvó milagrosamente de un disparo hecho a quemarropa; en Badajoz también se salvó de un tiro de la artillería portuguesa, y en el sitio de Morón una bala de artillería consiguió arrancarle el sombrero; en Ahigal cayó del caballo en una enconada persecución del enemigo y se dislocó un pie que le fue curado en Saelices; en Alfayates se libró de caer a un foso y una bala de cañón le pasó muy cerca; en Lumbrales un enemigo le tiró un mosquetazo y no le ocurrió nada; en Saelices le dieron una cuchillada en la cara y en un cadozo de Villar del Ciervo bebió un sombrero de agua “entorbiscada” y aunque murió un caballo a él no le pasó más cosa que el desasosiego de no saber si iba a enfermar o a morir. En otras ocasiones estuvo a punto de despeñarse con su caballo en Toro, recibió un tiro que le atravesó la ropa cazando conejos de noche a la luz de un candil, librándose de caer a un pozo con un carruaje y salvándose de chocar con otro cuyos caballos iban desbocados.

Con ocasión de su viaje a Canarias y el retorno para desembarcar en Málaga, el miedo al naufragio provocado por las tormentas le obligó a tirar al mar trozos del vestido de la Virgen de la Peña de Francia.

Todos estos accidentes y sobresaltos fueron combatidos por Don Félix de idéntica manera: la fe en la protección de la Virgen de la Peña de Francia le hizo ir por la vida permanentemente acompañado de una imagen, un vestido viejo de la Virgen y tierra de la cueva donde fue descubierta, que fue utilizada como medicina milagrosa en un amplio abanico de situaciones que fueron desde curar unas tercianas a garantizar buenos partos y tránsitos a la vida eterna de las mujeres de sus criados y allegados.

Las memorias permiten conocer bastantes rasgos psicológicos de Don Félix: contrajo matrimonio en tres ocasiones, primero con Doña Jerónima de Cisneros y Moctezuma, descendiente de una importante familia cacereña y del emperador mexicano, después con la Condesa de Torrejón, que muere de un catarro en la Navidad de 1675 sin haberle dado hijos, y finalmente con Doña Elvira de Loaysa, “señora varonil”, Condesa del Arco y de Guaro, hija única de los Condes del Arco y Marqueses de Villafiel, que malparió con ocasión de la peste que afectó a Granada en 1675. De las tres mujeres guardó recuerdos amables de sus cuerpos y de

sus almas; hizo referencias a sus embarazos, a sus accidentes y a sus enfermedades y de sus hijas e hijos, recordó especialmente a los hijos de su primera mujer: a María Silva y Cisneros, casada con su primo Don Alonso de Fonseca, muerto prematuramente en el vuelco de un carruaje y ella fallecida en Loja en el hospital habitado por su padre en 1675, a Teresa que casó en Murcia con Don Gaspar de Oca Sarmiento, a Félix, que falleció a los tres años de edad de un tabardillo que le dio en Tejada, a ocho leguas de Ciudad Rodrigo³, y a Don Antonio, que le acompañó en su viaje a la corte y en su gobernación de Canarias. También recordó a los hijos e hijas de su tercera mujer: a Juana, fallecida en Granada el 20 de diciembre de 1680, en casa de sus abuelos, a los dos años de edad, a María y a Isabel, la segunda de las cuales falleció a los seis meses, sobreviviendo María que le acompañó cuando contaba con seis años de edad a la gobernación de Orán y a Francisco del que sólo señaló su nacimiento.

Sus recuerdos familiares se limitaron a sus parientes lejanos, primos y suegros, siempre vinculados a episodios de su vida infantil y juvenil y a algunos de los problemas que tuvo con la corte madrileña. Sus memorias apenas si se refieren a sus padres y hermanos; de su hermano mayor Don Luis Nieto de Silva⁴ sólo recuerda el par de episodios que tuvieron una solución milagrosa: la asistencia a un concierto en San Juan de Zamora, tras el cual se desplomó una escalera por la que bajaban y su cabalgada por Toro, con ocasión de una fiesta, que estuvo a punto de despeñarles en el Espolón sobre el río Duero. Sin embargo no recogió ni la mala vida de su hermano, ni la ayuda que le prestó en sus fechorías desafiando y acuchillando a un regidor zamorano⁵. A su hermana Doña María de Silva Coloma sólo la recuerda con motivo de una visita familiar a su prima hermana Doña María de

3. Para que se curase ofreció una colcha a la Virgen de la Peña de Francia, pero "Dios se lo llevó. Yo quedé sin hijo y Nuestra Señora con su colcha". Al poco quedó su mujer embarazada y al año nació su hijo Antonio.

4. Fue caballero de Calatrava, Vizconde de San Miguel, Gentilhombre de Cámara del rey Felipe IV, Corregidor de Zamora y Maestre de Campo de su jurisdicción. Obtuvo en 1659 por influencia de su suegro Don Fernando de Fonseca Ruiz de Contreras, Marqués de la Lapilla, Secretario del Despacho y Consejero de Guerra y de Indias, el título de Conde de Alba de Yeltes.

5. "A Don Alonso Palomino de los Ríos, Regidor, yerno de la tesorera de millones, porque su suegra no pagó una libranza de 2.000 reales que el Vizconde dio a un fraile Jerónimo, en cuenta de su sueldo, con la puntualidad que quiso el fraile, le hizo coger en la plaza vestido de negro, y sin darle lugar para ir a su casa a tomar un ferruero de color, le envió con cuatro caballos al fuerte de Carvajales sin ser soldado, y le tuvo allí algunos días hasta que el Marqués de Tabara, que se hallaba en Ciudad Rodrigo, envió orden al cabo que gobernaba la frontera para que le soltase, como lo hizo, de que el Vizconde quedó con grande sentimiento. Y pasados algunos días, habiendo concurrido en una calle los coches del Vizconde y Don Alonso sobre palabras entre los cocheros, se inquietó el Vizconde, y Don Félix Nieto, su hermano, que iba con él, tomó la causa por suya y le dijo a Don Alonso palabras que le obligaron a responderle; de que resultó que al recogerse D. Alonso a su casa le esperó D. Félix y le sacó desafiado, y dio dos heridas: la una mortal, de que estuvo a punto de morir, lo cual se presume hizo aconsejado y persuadido del Vizconde, porque salió de su casa, volvió a ella, le puso en salvo y aprobó su acción, diciendo estaba muy bien hecho y se quedó sin castigo. Y habiendo llegado el Marqués de Tabara de Ciudad Rodrigo y ajustado con Don Félix se apartase de Zamora, como lo hizo, después, viniéndose el Marqués a esta Corte, el Vizconde volvió a su hermano a Zamora".

Herrera, cuñada del Conde de Benavente, con motivo de la muerte de su marido Don Luis Pimentel.

De su abuelo Antonio Nieto de Silva y de su padre Don Félix Nieto de Silva se conservan bastantes documentos en el Archivo Nieto de Paz⁶: el abuelo construyó sus casas principales del mayorazgo en el Campo de San Isidro de Ciudad Rodrigo⁷ y probablemente para financiar su ampliación se viese obligado a vender unas casas que tenía en la calle Toro de la misma ciudad⁸. En 1612 el abuelo Antonio Nieto de Silva reside en Madrid⁹ y en 1613, firmadas por el padre de nuestro protagonista, se reconocen un conjunto de obligaciones con Manuel Enríquez sobre las viejas casas de la calle Toro, que originaron pleitos en los que intervino como representante de la familia el padre Félix Nieto de Silva. Los pleitos fueron largos y enfrentaron a las familias Nieto de Silva y Enríquez de Soria¹⁰ y al Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo con Don Félix Nieto de Silva, padre, por el mal uso de su procuración general¹¹.

Lo que sí se desarrolla suficientemente en sus memorias son sus decepciones y fracasos en su continuada pretensión por obtener dignidades y empleos públicos; en más de una ocasión su afán de servicio al Rey queda en entredicho y aunque presume de ser un buen militar y un buen gestor, le fue forzoso aceptar algunos de sus destinos militares y políticos. La primera decepción que nos transmite se deduce de su estancia en Madrid justo en el momento en que el alma de su primera mujer se le apareció a su criada en Alcántara. Había pedido licencia al Duque

6. La catalogación y transcripción de los documentos forma parte del trabajo de un equipo de investigación del que formo parte y que coordina el Dr. Angel Barrios (Proyecto APC-96/006, de la DGICYT).

Cartas, escrituras de poder, de compraventa, de censos, testamentos, administración de rentas y arrendamientos, constituyen la principal masa documental.

7. *Archivo Nieto de Paz* (en adelante *ANP*), Do-6, 31 de diciembre de 1599 y el 23 de noviembre de 1601 recibe la obra acabada por Juan de Balbás. En Do-8 hay una escritura de acuerdo con el constructor Juan de Balbás, del 12 de julio de 1608 para construir una nueva casa en el mismo lugar.

8. *ANP*, K-19, 14 de julio de 1608.

9. Poder concedido a su mujer María Nieto de Luna, el 6 de julio de 1612. *ANP*, I-13.

10. El primer pleito es del 1 de enero de 1619 sobre el censo de Medinilla, en *ANP*, leg. 63. El 1 de noviembre de 1632 se decretan autos contra Félix Nieto de Silva, padre, por la mala distribución de los censos dotados por el obispo Antonio de l'Águila, en *ANP*, S-27. El 1 de enero de 1634 se establece pleito entre el padre, Félix Nieto de Silva, y Cristóbal Enríquez de Soria, sobre la dehesa de San Miguel de Caldillas, en *ANP*, leg. 80. El 31 de diciembre de 1635 se reconocen deudas de la familia Enríquez de Soria contraídas con el abuelo Antonio Nieto de Silva, sobre la obra fundada por el obispo de Zamora, y en la misma fecha se escrituran censos sobre las dehesas de Medinilla y El Zarzal que otorgan los Nieto de Silva a los Enríquez de Soria, en *ANP*, S-48 y S-49. El 5 de diciembre de 1640, Don Félix Nieto de Silva, padre, es denunciado por Cristóbal Enríquez de Soria por apropiación de las rentas de San Miguel de Caldillas, en *ANP*, T-43, y el 18 de julio de 1641, el Alguacil Mayor de Ciudad Rodrigo actúa contra los bienes de la familia Nieto de Silva por deudas contraídas con Cristóbal Enríquez de Soria, en *ANP*, U-6.

11. *ANP*, CR-32, nombramiento de Don Félix Nieto de Silva como Procurador General del Concejo el 8 de abril de 1636. El 31 de diciembre de 1668, el pleno municipal de Ciudad Rodrigo solicita del Rey la revocación del nombramiento de Procurador General y la elección de otro por el Ayuntamiento, en *ANP*, CR-46.

de Osuna para ir a la corte a pretender un cargo, teniendo que retrasar el viaje más de quince días por el traslado de su guarnición a Guinaldo. El cargo que pretendía fue entregado a otro y no tuvo más remedio que mezclar la decepción que le produjo el fracaso, con lo que consideró un comportamiento culpable del Duque de Osuna respecto de su aspiración y con la muerte de su hermano¹². Fue Maestro de Campo en Alcántara sucediendo en el cargo a Don Baltasar de Urbina, a quien libró de un conflictivo juicio de residencia, en el que partidarios y detractores habían dividido por mitad el lugar. Cuando habían transcurrido poco más de los cuatro años le ofrecieron ser General en las Islas Canarias, pero no debieron irle bien las cosas y rehusó el cargo. Al poco tiempo se le nombró Gobernador de Cádiz, donde permaneció todo el mandato y todavía sirvió durante algo más de los seis meses, siendo su sucesor el Duque de Ciudad Real. Su estancia en Cádiz le permitió lucirse como gestor al lograr abastecer de trigo a la ciudad en un largo período de escasez; pero junto al éxito de su astucia y negociación con mercaderes y panaderos, el fracaso de quedar en entredicho por un asunto relacionado con un cargamento ilegal de ropa francesa con destino a las Indias, en el que mucho tuvo que ver un antiguo paje del Duque de Osuna¹³.

Cuando llevaba un par de años en Cádiz accedió al poder Don Juan José de Austria¹⁴. El Marqués de Tenebrón no fue precisamente uno de sus simpatizantes,

12. "(...) y aunque me pareció tarde fuí a la Corte; cuando llegué estaba ya el puesto consultado; yo no pude hacer diligencia, porque hallé a mi hermano el Conde de Alba de Yeltes en lo último de su vida y fue fuerza asistirle. Dióse el puesto al que el señor Duque quiso; y yo, sabiendo esto, pedí licencia al Rey por cuatro meses, con el pretexto de la muerte de mi hermano; no me la querían dar, porque creyeron me retiraba con el sentimiento, y creían bien, porque ese era mi ánimo; en fin, me la concedieron por tres meses; fuíme a Ciudad Rodrigo, dejé dispuesta casa en Salamanca, y dispuse el carruaje". *Memorias*, XXX.

13. Un antiguo paje del Duque de Osuna, el vizcaíno Don José de Histigui, denuncia al Presidente del Consejo de Indias, que entonces era el Conde de Medellín, el cargamento ilegal de ropa francesa en cinco navíos que iban a partir para las Indias. El Marqués de Tenebrón, como Gobernador de Cádiz, recibió también la denuncia y con cuatro diputados del comercio, entre quienes se hallaba el vizcaíno, se dispuso a cumplir la orden de evitar el envío a Indias de ropa de la nación francesa que entonces hacía guerra con España. Después de un registro en el que intervinieron los diputados, las fuerzas al mando del gobernador y una serie de testigos de las naciones de mercaderes establecidos en Cádiz, no encontraron nada. El Marqués encarceló a treinta marineros de los navíos y ordenó los torturasen en el potro, tratando de averiguar dónde se hallaba el alijo de ropa francesa. De este modo averiguó que los barcos sólo habían guardado dos pipas de sombreros y que cuando se acercaban a hacer el registro, las pipas fueron arrojadas al mar. Los diputados informaron al Conde de Medellín lo que estaba sucediendo y éste comunicó al Rey que la aprensión del inexistente alijo produciría un beneficio de medio millón de pesos. Sabido este exceso de celo del Conde de Medellín, el diputado vizcaíno, para salir de la invención escribió al Conde de Medellín que el alijo no existía porque a nuestro Marqués le habían sobornado con quince mil doblones.

El Conde de Medellín solicitó inmediatamente al Consejo de Guerra y al de Cámara que el Marqués fuese relevado de la gobernación de Cádiz y que se presentase en Écija en el plazo de veinticuatro horas. A los doce días de estar en Écija, el Rey que entonces se hallaba en Zaragoza, le envió un correo reponiéndole en su puesto de Cádiz. *Memorias*, XLI.

14. El hijo bastardo de Felipe IV y de la Calderona. El Marqués de Tenebrón lo cuenta así: "Al cabo de dos años de estar yo en Cádiz, vino S.A. el Señor Don Juan a Madrid, y se encajó en el puesto de primer Ministro (...) y así que entró el Señor Don Juan en Madrid y empezó a mandar, aquel primer

pues fue acusado de participar en un complot que intentó asesinar al nuevo primer ministro y fue ampliamente investigado, negándosele durante largo tiempo su aspiración a ser Gentilhombre de Cámara. Hasta que no murió Don Juan José no consiguió su propósito, pero las dificultades de su relación con la Corte continuaron con el nuevo primer ministro, el Duque de Medinaceli¹⁵. El nuevo ministerio le nombró General de las Canarias en 1680, de entre “treinta y tantos pretendientes”, pese a que el Marqués de Tenebrón se opuso¹⁶ por considerar que, después de la experiencia de la gobernación de Cádiz, ir a las Islas Canarias era un retroceso en su carrera y por lo tanto “ni por mi grado, ni por mi familia, podía ir allá”. El Marqués se sentía agraviado “por lo atrasado que yo estaba y lo favorecidos que se hallaban otros”, pero a los pocos días el Duque de Medinaceli venció su resistencia apelando al inexcusable servicio que se debía al Rey, haciéndole la promesa de relevarle al año y medio. El Marqués no tuvo más remedio que aceptar, pese a que era el año 1680 “y estaba ya baja la moneda”, y pese “al atraso que se me originaba de esta marcha y la incomodidad y el gasto”. Sin ayuda de costa se embarcó en un convoy de Hamburgo que le costó 3.500 reales de a ocho. Sucedió a Don Jerónimo de Velasco y, como le ocurrió en Alcántara, supo de una sociedad dividida y no hizo bando ni con el antiguo General ni con el Oidor de Sevilla que le tomaba la residencia. Sus primeras decepciones fueron inmediatas: “fuí pulsando el modo de gobierno y el genio de los naturales, y todo lo hallé al revés de como me lo habían pintado”¹⁷; en resumen su trabajo principal consistió en hacer frente a la escasez de pan, a regular su precio y su peso, y a fortificar la isla de Tenerife¹⁸. Al cabo de dos años pidió licencia para volver a la península y no se la concedie-

correo escribieron de la Corte que enviaba por mí; otros decían que me llevarían preso; yo leí las cartas del correo, hallé algunas de algunos amigos con confusos misterios, y no dejé de darme cuidado; y abriendo la carta de mi agente, me dice en ella: *por acá corre mucho que Vmd. viene preso y que S.A. es enemigo capital de Vmd; pero yo me he reído, porque la causa que dan es el que Vmd. fue uno de los tres que le fueron a matar al Retiro, cuando vino ahora dos años y entró en Madrid el día de Todos los Santos; y como yo sé que Vmd. se había ido ya el mes antecedente a la Extremadura, no me ha dado ningún cuidado este run run*. *Memorias, XLI.*

15. “En Madrid hizo S.M. su primer Ministro al Señor Duque de Medinaceli; yo le debía muchos favores, porque como su hermano el Señor Marqués de la Laguna era General de las costas del Océano, cuando yo goberné en Cádiz, habíamos sido muy amigos, y yo le había atendido con toda veneración, y no estaba hecho a esta buena correspondencia con los Gobernadores de Cádiz; y como conmigo le fue tan bien, el Señor Duque me decía mucho lo que deseaba favorecerme, y esto en el primer Ministro prometía grandes cosas, pero yo no tenía pretensión formal”. *Memorias, XLVI.*

16. “(...) me enfadé y le dije mil cosas” a un caballero enviado por el Duque de Medinaceli para notificárselo. Ante la insistencia, el Marqués dijo: “Los hombres como yo no capitulan con sus Reyes, y así ni pediré nada ni iré a las islas, y vuestra merced puede decir al Señor Duque lo mismo que esta mañana le respondí”. *Memorias, XLVI.*

17. “La gente era la peor del mundo, cavilosos, chismosos y poco seguros” y “(...) yo me admiraba de ver que no habiendo salido de aquel rincón los más de ellos, parecía que todos se habían criado en la Corte”. *Memorias, XLVI.*

18. “(...) puse en defensa la marina del puerto de Santa Cruz más de media legua de largo”. *Memorias, XLVII.*

ron¹⁹. Por fin obtuvo su relevo pasados los cuatro años de su nombramiento y salió hacia Málaga descontento de su estancia en las islas y con ganas de retirarse a sus estados a recomponer su maltrecha economía: “(...) yo salí empeñadísimo de Canarias, hasta la plata labrada vendí; y según mi cuenta, ida, estada y vuelta, me costó cuarenta mil ducados, además del útil del puesto”²⁰. A los pocos días de llegar a Málaga, y sin poder visitar sus estados de Guaro y Mijas, recibió correos del Presidente de Castilla y del Presidente de Hacienda en los que le ordenaban incorporarse inmediatamente a Sevilla²¹. El gobierno de Sevilla le fue muy bien y al año “vacó el puesto de Orán”. En sus memorias no explica si pretendió el cargo o si se lo propusieron; bien es cierto que hubo consultas, pero la provisión de Orán se retrasó:

“porque la Reina, nuestra Señora, se había empeñado con S. M. para que este puesto se diera al Conde de Charni, que es francés, y aunque es famoso caballero y gran soldado, como tenía la falta de no ser castellano viejo, todos rechazaban la pretensión de la Reina”²².

Al final “salió Orán por Don Diego Bracamonte, hermano del Marqués de Fuente el Sol²³, que al cabo de cuatro meses de su estancia en Orán perdió la vida y toda la guarnición. Las diferencias cortesanas que evitaron en primera instancia la ida del Marqués de Tenebrón a Orán, despertaron encendidas polémicas. Gracias a una carta que el Duque de Alba escribió al Arzobispo de Sevilla, el Marqués pudo conocer cuál era la consideración de su prestigio en la corte:

“Nuestro amigo Don Félix ha perdido con buen punto, porque la Reina, viendo que no podía negociar lo peor, capituló con el Rey para que no se hiciera lo mejor”²⁴.

19. “(...) y me impacientaba de que me atrasase lo que en mi concepto debía adelantarme, y escribí una carta al Señor Duque con harto desahogo, porque había ya cuatro años que estaba allí”. *Memorias*, XLIX.

20. “(...) y como S. M. me traía en puestos fuera de mi genio, y yo ni tenía gusto ni provecho, pues con mis ausencias todas mis haciendas se perdían, y esto importaba más de lo que yo ganaba, llevaba gana de estarme un par de años en mi casa, dando cobro a mi hacienda y cuidando de ella y viéndola; que como yo siempre he estado sirviendo, hoy día es y no he visto toda la hacienda del estado de Guaro, con ser mucha”. *Memorias*, L.

21. “Y como los soldados somos hijos de la obediencia, dispuse medios para mi viaje, y a las ocho de la noche de allí a pocos días compré un caballo, y a las siete de la mañana el día siguiente salí sólo con cuatro criados y me metí en Sevilla”. *Memorias*, LIII.

22. “Su Majestad lo sintió tanto el que no se despachase luego, que dicen se echó en el suelo y berraqueó lindamente, y siendo la salida a San Blas de etiqueta en el día del Santo, no quiso salir”. *Memorias*, LIII.

23. “(...) era muy mi amigo (Dios le haya perdonado); era famosísimo caballero y merecía mucho, y es cierto que no habiéndomelo dado a mí, que me holgué se le diese a él”.

24. “Y este capítulo, escrito de tal Ministro, me hace a mí creer que la Reina, viendo que el Rey no quería dar el puesto al Conde de Charni, le dijo: *pues no se la ha de dar tampoco a Don Félix de Silva*, y entonces se le dio el Rey a Don Diego”. *Memorias*, LIII.

La muerte de Don Diego de Bracamonte, ocurrida el 9 de julio, y la delicada situación de Orán, favorecieron el nombramiento del Marqués como General de Orán el 24 de julio de 1687. El gobierno de Orán fue un calco de situaciones precedentes: la escasez de trigo, la necesidad de fortificar aquel territorio, la continua presión de los turcos y en especial del Rey de Argel, y la escasez de dinero por descuido de la corte y por desidia de la Hacienda²⁵, jalonaron su estancia en Orán, donde murió de fiebres sincopales el 10 de febrero de 1691.

En toda esta compleja actividad que el Marqués recogió en sus memorias, pueden adivinarse también otras tensiones: estando preso en Almeida²⁶ y tras su traslado a Trancoso en 1660, por orden del Teniente General portugués Manuel Freire de Andrade, con quien comió y sostuvo una buena relación, fue a visitarle “un fraile franciscano con anteojos” que resultó ser un buen trabajador de la causa portuguesa para debilitar las ideas políticas de los prisioneros. El fraile le hizo una extensa relación de los derechos que legitimaban la guerra que Portugal sostenía con España, la buena causa de la nueva monarquía del Duque de Braganza y le llamó la atención sobre la posibilidad de una paz “universal” entre ambas naciones, si el Rey Felipe IV en vez de haber casado a su hija Doña Isabel con el Rey de Francia, hubiera pensado en hacerlo con Don Juan de Portugal. Este episodio, que terminó con un hábil discurso propagandístico²⁷ del fraile fue contestado por el Marqués del siguiente modo:

“Porque las dependencias de Castilla y Portugal las han disputado los letrados más sabidos de ambas partes sin haberlo definido; las están ventilando los ejércitos en campaña, y se está la dificultad en pie; con que empresa que ni armas ni letras no la han podido definir, es imposible, sino que Dios la tiene guardada para que dos locos perennes la definan, y no parece posible haya otros dos más a propósito que V. Revdma. y yo, con que no dudo lo ajustemos”.

Con esta respuesta el fraile quedó corrido y su trabajo de corrección y cambio del pensamiento de los prisioneros quedó menoscabado ante los testigos que les oyeron. La prisión en Almeida le sirvió también para aprender que la corte de Madrid era un hervidero de desacuerdos entre la Reina y la junta de ministros que

25. La escasez y la impaciencia nunca satisfecha por la tardanza en el envío de dinero, le obligan a utilizar “vales” para la compra de trigo a los moros, y le hacen lamentarse de la situación de los soldados españoles con frases muy amargas. Refiriéndose a los turcos y a las atenciones que reciben sus soldados escribe: “que éstos aunque los llamamos bárbaros, dan de comer a sus soldados y así tienen tantos”. *Memorias*, LX.

26. “Para conservarse un prisionero ha menester gran política; porque siempre es mayor el número de los poco avisados y jactanciosos que el de los discretos y atentos, y al pobre prisionero todos le tientan la ropa, buenos y malos; y como no se está en estado de echar ronca, ni parece razón sufrirla, es menester para lograr el salir de estos embarazos con algún aire, tomar unos medios términos que, ayudados de la buena gracia, libren a uno del escuadrón de los poco avisados”. *Memorias*, XXXVIII.

27. (...) y que fuéramos todos amigos, y no que ni vidas, ni honras, ni haciendas están seguras de una y otra parte, y nos estamos matando cristianos contra cristianos, y si se juntaran los dos ejércitos de Castilla y Portugal podíamos ganar la Casa Santa”. *Memorias*, XXXVIII.

acompañó la niñez y juventud del Rey Carlos II. Su vida corrió peligro por la cuestión del canje y su honor se puso a prueba cuando el Teniente General portugués ofreció protegerle en una fuga preparada que le dejaría a las puertas de Ciudad Rodrigo. Pero Don Félix no aceptó y sólo quedó en libertad cuando el canje fue ajustado entre las autoridades portuguesas y castellanas.

Si las memorias ponen de relieve el ingenio y las dotes de mando y de gestión del Marqués de Tenebrón, ocultan su opinión política y militar sobre la guerra hispanoportuguesa de 1640 a 1668. En su relación de actuaciones personales en los acontecimientos militares, el Marqués apenas si analiza la cuestión global de la guerra, oculta la muy deficiente gestión del ejército castellano²⁸ y tampoco ofrece noticias de la evidente corrupción que se dió tanto en el ejército portugués como en el castellano²⁹. Si el Marqués comentó con amargura la desatención que la Corona mantenía con las tropas que él mandaba en Orán, no refiere en sus memorias ninguno de los acontecimientos negativos en los que sin duda participó. Entendió la guerra con Portugal como una serie de sucesos particulares que le sirvieron para afirmar tres cuestiones: la principal, la atribución de todo lo bueno que le sucedió a la Virgen de la Peña de Francia; la segunda, su capacidad para engañar al enemigo, unas veces fingiendo disponer de más efectivos que en los que en realidad tenía y otras haciéndose pasar por portugués, hablando su lengua, e incluso ordenando a sus tropas por dónde habían de ir; y, finalmente, su valor personal y su destacado comportamiento en el combate.

LA GUERRA PARTICULAR DEL MARQUÉS DE TENEBRÓN

El texto publicado por Cánovas del Castillo se organizó en 61 capítulos; en 22 de ellos el Marqués da noticias biográficas, 32 son recuerdos de diversas operaciones militares de la guerra con Portugal y los 7 restantes se refieren a sus relaciones con la corte de Madrid y su gestión como gobernador y general de diversas plazas. Los 32 capítulos informan de los lugares donde se desarrollaron los acontecimientos.

28. Los testimonios sobre la calidad del ejército castellano son numerosos. Como ejemplo baste citar la opinión del deán de Évora hecha en 1659: "gente afeminada, criada en delicias e inexperta, viciosa y sin género alguno de disciplina militar; sólo tratan como mala hembra, de la gala, afeite y compostura del cabello, y manera de comer viandas regaladas, a que espléndidamente los convida su caudillo". Véase S. Estébanez Calderón: *Historia de la infantería española*, BAE, 79, págs. 95 y 96.

29. Véase mi trabajo "Guerra, miseria y corrupción en Extremadura, 1640-1668", en *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, Cáceres, Diputación Provincial, 1979, págs. 605 a 625. La corrupción fue un convencionalismo hispanoportugués. Tanto el Conde de Santisteban como el Conde de Fuensaldaña, que fueron los primeros Gobernadores del Ejército de la frontera de Badajoz, fueron criticados en la correspondencia que sostienen algunos miembros de la Compañía de Jesús. Véase *Memorial Histórico Español* (en adelante MHE), 18, pág. 418. Igualmente sucede con Don Francisco de Totavila, Duque de San Germán, criticado por Jerónimo de Barrionuevo. Se le acusa de controlar el comercio de Badajoz, de huir del encuentro militar con el enemigo, de hacerse rico en poco tiempo, de aceptar regalos del General portugués, de informar al enemigo de los asuntos que trataban los Consejos de Estado y de Guerra, de malversar fondos y de huir del sitio de Badajoz, en compañía del Duque de Osuna, en 1658. Véase J. de Barrionuevo: *Avisos*, BAE, 221, págs. 49, 190, 312; y 222, págs. 68, 122, 147, 148, 202, 212 y 213.

tecimientos que dejaron huella escrita en el Marqués. Si bien es verdad que muchos de los itinerarios que describe son admisibles, otros sin embargo resultan difíciles de creer³⁰. La guerra particular del Marqués de Tenebrón se desarrolló en cada uno de los lados de los cuatro principales frentes del conflicto hispanoportugués, en las fronteras castellana, extremeña, andaluza y gallega³¹.

La primera referencia a la guerra la fecha en 1657: es entonces capitán de caballos en Ciudad Rodrigo³² y recuerda una acción militar típica de la guerra hispanoportuguesa. Salvo contadas acciones de guerra tradicional, que exigieron el empleo de importantes recursos militares, caso de los sitios a plazas fortificadas, o protección de convoyes, el conflicto entre portugueses y castellanos se caracterizó por acciones esporádicas de pequeños destacamentos que buscaron debilitar al enemigo y hacerse con un botín que les permitiera subsistir en el teatro de guerra. El Marqués intervino en diversas acciones de este tipo; en 1658, en el sitio de Yelbes, salió con sesenta caballos a robar ganado de los portugueses³³; en Mérida intervino en la escolta de un convoy que se dirigía a Olivenza, “de cosa de mil cabalgaduras, machos y borricos, cargados de harina, y me dieron cincuenta caballos”³⁴; de igual manera sirvió con cincuenta caballos en la escolta de un convoy de ciento quince carros cargados de harina desde Talavera hasta Badajoz³⁵. También intervino en acciones de protección del ganado castellano; estando preso en Guinaldo por un desafío, cincuenta caballos portugueses fueron a robar ganado y, deseando congraciarse con el Gobernador para que le trasladase a Ciudad Rodrigo salió él

30. Por ejemplo en *Memorias*, XXXV, trata de hacer una presa en Lagoa (Algarve) y quemar, conquistar y saquear “Porto Davella, que está a la otra parte de Lacoa”, retirándose a Guinaldo (Salamanca).

31. Debió de ser uno de sus primeros destinos. En 1654 es “capitán de caballos en Galicia” y “estaba de guarnición en Verín”. *Memorias*, LX.

32. “El año de 57, que era Capitán de caballos en Ciudad Rodrigo, fui a Sabogal a hacer una presa; y habiéndola hecho, la puse de manguardía con sesenta caballos y yo me quedé con cuarenta caballos a estorbar que el enemigo saliese en su seguimiento, y luego me retiré. El enemigo cuando me vio retirar salió con ciento cincuenta infantes, a mi parecer, y a la derecha del camino iba una pared alta de cortina, que debían de tener hecha aposta porque era muy larga; y por detrás de esta cortina venía toda la infantería, y por el camino detrás de mí venían hasta veinte infantes con seis caballos; estos y los otros venían muy cerca, porque yo me iba al paso castellano, y nos tiraban y decían malas palabras”. Degollaron a todos, excepto a catorce o quince, e hicieron un prisionero negro. Los castellanos no tuvieron bajas. *Memorias*, VI.

33. *Memorias*, XII. La operación fue un fracaso: “yo confieso que de buen partido tomara salir atravesado de un balazo, como saliera con vida, porque me mataron algunos soldados, y los más de la fila de la manguardía”.

34. *Memorias*, XIV. A cuatro leguas de Olivenza, en El Almendral, hizo un descanso y solicitó protección del Gobernador de Olivenza para que le ayudase desde Valverde a entregar el convoy. La operación fue un éxito.

35. *Memorias*, XV. Como Badajoz estaba sitiada el convoy sufrió una emboscada enemiga a las mismas puertas de la ciudad. El Marqués se sirvió de una estratagema para evitar la acción del enemigo: plantándole cara y a su vista, hizo creer que la polvareda que levantaban los carros y la escasa caballería que mandaba, era señal de un movimiento mayor, burlando así a la caballería portuguesa mucho más numerosa que la escolta del convoy.

sólo y logró recuperar un caballo que habían robado a un tabernero³⁶. En otra ocasión, los portugueses se llevaron de las cercanías de Ciudad Rodrigo, doce o catorce bueyes y el Marqués salió con veinticinco caballos, logrando recuperarlos pese a que el enemigo disponía de efectivos muy numerosos³⁷. El 2 de enero de 1664, intervino en el saqueo de un cuartel enemigo en las proximidades de Ciudad Rodrigo³⁸:

“saquearon algunas tiendas, y entre ellas la del General, trayendo baúles y otras cosas; y cuando nos retiramos, le trajeron al Señor Duque de Osuna un barril de cobre lleno de mistela, que trajeron de la tienda del General del enemigo que era Antonio Hurtado de Mendoza, y lo bebimos entre todos los que estábamos con Su Excelencia”.

También fechado en 1664, el Marqués narra su participación en la escolta de un convoy de carros cargados de bizcocho con destino a Ciudad Rodrigo³⁹. En Alfayates⁴⁰ su expedición en busca de ganado portugués fue un fracaso y estuvo a punto de caer con su caballo por un barranco. En una entrada de portugueses por Sancti Spiritus y Morasverdes, salió por Tenebrón y Bocacara, viendo al enemigo que había robado “treinta y tantos” bueyes a un tal Juan de Medina. En esta acción hizo diez prisioneros y consiguió un botín de “ocho caballos y dos yeguas”⁴¹. En la frontera onubense intervino en la recuperación de unos bueyes robados en Fuenlabrada (Badajoz)⁴² y salió a hacer una presa en Lacoa (Lagoa. Algarve) con órdenes de quemar Porto Davella, “que está de la otra parte de Lacoa”, conquistando el fuerte y saqueando el lugar, presumiendo de haberlo hecho con sólo tres hombres.

36. *Memorias*, XVI. El Capitán portugués encargado del pillaje, Juan Álvarez, fue hecho prisionero con posterioridad y al ver al Marqués le dijo: *Señor Don Félix, el día de Guinaldo iba voacé bebido*. El Marqués le contestó: *Más bebido estaba Vmd., pues teniendo cincuenta caballos y estando yo solo no me cogió*.

37. *Memorias*, XIX. Escribe que vió cuatro batallones de enemigos, más un tercio de ochocientos hombres y, detrás de ellos, otros cuatro batallones. Los portugueses iban al mando de Rodrigo de Castro. El Marqués presume que Rodrigo de Castro al enterarse de que era él quien mandaba a los castellanos se acobardó y le invitó a parlamentar, pero el Marqués no hizo caso. La exageración es evidente.

38. *Memorias*, XXII. En esta acción resultó muerto por accidente de un compañero un soldado del batallón del Marqués. Escribe: “no tuve curiosidad de preguntarle si había rezado la Salve; persuádome a que no la rezó”.

39. *Memorias*, XXI.

40. “Fuímos a Alfayates (en Beira, al sureste de Fuentes de Oñoro y próximo a la Alberguería de Argañán) a ver si podíamos hacer una presa, y tocóme a mí correr la partida; los enemigos siempre recogían su ganado en estas ocasiones en la balsa, por ser mal paraje para entrar la caballería, por ser pantanosos y muy vecino a la plaza. Yo resolví entrar en ella, que era de verano; hícelo así y no hallamos nada en ella (...)”. *Memorias*, XXVIII.

41. *Memorias*, XXXI. Otra exageración: “vimos de esotra parte del río de Tenebrón, hacia Bocacara, dos escuadrones de infantería, que tendrían a mil hombres, y siete batallones de caballería”. El Marqués iba con cincuenta caballos.

42. *Memorias*, XXXIV.

Escortar transportes de abastecimientos, hacer presas al enemigo y evitar en lo posible idénticas acciones enemigas, constituyen una parte importante de las memorias del Marqués. Aunque se halló presente en los acontecimientos más importantes del tramo final de la larga guerra hispanoportuguesa, el Marqués evitó dar cuenta de cuatro cuestiones significativas de todo enfrentamiento bélico: la composición de las tropas y su organización táctica, el frente real del teatro de operaciones⁴³, la crueldad⁴⁴ y los desastres militares⁴⁵. Sus descripciones insisten casi siempre en señalar la superioridad militar portuguesa, porque de ese modo engrandece los éxitos castellanos⁴⁶ y, en los enfrentamientos que recuerda, destaca siempre la escasez de bajas en el ejército propio. Sus noticias sobre tácticas militares son escasas; a lo sumo señala la posición de los batallones (en “vanguardia”, en retaguardia, o “dando calor”) y el terreno por donde se mueven. En muy pocas ocasiones se refiere a fracasos tácticos. Uno de ellos fue el asalto por sorpresa a la

43. El Marqués precisa más los itinerarios y situaciones de los frentes de Ciudad Rodrigo y Badajoz, que los de Andalucía y Galicia. Los entornos de Ciudad Rodrigo (Saelices el Chico, Sancti Spiritus, Bocacara, Gallegos de Argañán, Tenebrón, Morasverdes, La Atalaya, Guinaldo) y de Badajoz (Talavera, Mérida, Almondral, Valverde, Barcarrota, Alburquerque, Olivenza) dejaron recuerdos más exactos que los de Huelva-Ayamonte y Monterrey-Verín. La descripción de los movimientos de tropas y destacamentos y los itinerarios que siguieron y los tiempos que tardaron deben someterse a crítica y aceptarse con reservas, sobre todo en las referencias al frente andaluz.

44. “Con razón llaman sevosos a los portugueses, por lo inhumanos que se muestran con sus enemigos. Detestable por cierto es el vicio de la crueldad. En Salvatierra, a 15 de julio, los nuestros quisieron hacer una interpresa (...) fueron todos presos y desnudados en carnes, matando a unos a palos, a otros descuartizándolos vivos a cuchilladas y con otras muertes extrañas. A los dos cabos pusieron por tacos en dos pedreros con que volaron hechos pedazos”. J. de Barrionuevo: *Avisos*, BAE, 222, pág. 169.

45. Las violencias y desastres más significativos son los siguientes: desde Badajoz, en 1641, un destacamento castellano penetra en Portugal y degüella 800 enemigos. En la batalla de Montijo, en 1644, son enterradas más de 3000 víctimas; en 1645, los castellanos degüellan en Estremoz a 640 portugueses. En 1646, en el asalto a Valencia de Alcántara, los portugueses pierden 400 hombres y en 1648, en Alcántara, se produjeron 4000 víctimas enemigas. En 1657, en el asalto a Badajoz, los portugueses pierden a 500 hombres y poco más tarde en Valencia de Alcántara, 1500 hombres más. En junio de 1658, en Badajoz, retiraron 70 carretas de muertos. Véanse, *MHE*, 16, pág. 179; S. Estébanez Calderón: op. cit., págs. 90 y 92; *MHE*, 18, págs. 190 y 191, 423 y 424; J. de Barrionuevo: op. cit., 222, págs. 87 y 203.

46. Por ejemplo en *Memorias*, XXVI: “Habiendo tenido aviso el Señor Duque de Osuna que el enemigo quería hacer una entrada por el Abadengo, envió al Comisario General Don Diego de Ledesma con doscientos caballos, poco más, y entre ellos iba una de las compañías de las guardias de S.E., que no me acuerdo cuál era, sí que no llevaba Capitán. (...) llegamos a Saelices y dormimos allí aquella noche, y por la mañana temprano salimos a un monte, que no me acuerdo cómo se llama; allí estuvimos desmontados, y a cosa de las once del día tocaron arma en Lumbrales”.

El destacamento se divide en dos y una parte de él se enfrenta con setenta caballos portugueses, teniendo que solicitar auxilio. El Marqués, al mando de un batallón, acude en su socorro, equivoca el camino y “ví venir cinco batallones del enemigo espada en mano, puestos en batalla, y venían a subirse a un cerrillo que estaba a la mano derecha de mi marcha, y yo iba por su falda. Venían ya muy cerca, y desde aquel cerro se descubría la Hinojosa y por encima de ella ví otros dos batallones del enemigo”. El batallón del Marqués se enfrenta a los cinco batallones portugueses. “Llegamos tras ellos hasta unas cortinas que están sobre la derecha de la Hinojosa, y ya no habían quedado más que trece caballos de los enemigos”. El Marqués hizo prisioneros aunque entre ellos no encontró ni Capitán, ni Teniente, ni Alférez, ni Ayudante. Con ellos se dirigió a Lumbrales y luego a Saelices sin que los castellanos sufrieran ninguna baja.

plaza portuguesa de Almeida⁴⁷; el mando ni había hecho previsiones sobre el número de defensores, ni contaba con expertos artificieros capaces de volar sus defensas. El Marqués no tuvo reparos en describir la solución de la rendición de los castellanos como mal menor e inevitable⁴⁸, aunque es poco crítico con la falta de previsión del mando.

En muchas ocasiones, los relatos de la guerra vivida por el Marqués revelan la existencia de lo que podrían denominarse “relaciones cordiales” entre la oficialidad militar portuguesa y la castellana. Al episodio de sentarse a la mesa con el mando militar portugués siendo su prisionero, ha de añadirse el trato respetuoso que de uno y otro bando se da a los “cabos” de prestigio que mandan los destacamentos⁴⁹ y la consideración de la hidalguía como un privilegio que exige un trato diferenciado en el caso de ser prisionero, debiendo ser canjeado por un igual.

Las referencias a la crueldad son escasas; sólo en dos ocasiones, la narración del Marqués se enciende para explicar que dio la orden a sus soldados de “degollar” al enemigo. Reconoce también su fuerte carácter a la hora de transmitir órdenes y de arriesgar la vida de sus soldados y la suya propia. Y también usa la ironía para explicar que los resultados finales son los que permiten afirmar que la valentía castellana es mayor que la de los portugueses. Así, en su atenuada prisión de Almeida y en la sobremesa de la comida a la que le invitó el Teniente General portugués Manuel Freire de Andrade, ante la intervención de Don Carlos de Tavora, hermano del Conde de San Juan, que elogiaba la valentía de la nación portuguesa personificándola en la violencia de una mujer de Tras-os-Montes que mató a doce gallegos de los que entraron a saquear su lugar, el Marqués refiere el cuento de una mujer madrileña que “ha muerto más de doscientos, y allá no se tiene eso por valentía”⁵⁰.

47. “(...) dióse el asalto y erróse, porque en lo que llevábamos fundadas nuestras mayores esperanzas era en nueve batallones, que con el Teniente General Don Antonio Isasi estaban abocados a la puerta donde se había de arrimar el petardo. Dispúsose la función bien, y yo fuí dando calor a dos tercios que les tocó la retaguardia de la plaza, con cuatro batallones. Empezóse el asalto con todo esfuerzo, y muchos de la infantería subieron sobre la muralla, pero el enemigo tuvo dos fortunas; la una el que aquella tarde le había entrado gente que no lo supimos; pero la más principal fortuna fue que los petarderos eran poco prácticos, y por poner el petardo a las armellas del cerrojo, lo pusieron por encima, con que sólo hizo un boquerón, pero no llevó la puerta; y como no pudo entrar la caballería fue rechazada la infantería. (...) murió alguna gente, pero poca, y nos retiramos, y yo y mi gente sin lesión”. En *Memorias*, XXVII.

48. Otra penetración portuguesa por el Abadengo fue realizada por el General Pedro Jaque de Magallanes justo cuando la mayor parte de la caballería castellana había ido en socorro de Monterrey en Galicia. El ejército portugués se presentó con 2000 infantes y 14 batallones de caballería; los castellanos se retiran a Lumbrales y en Ahigal oponen a la fuerza portuguesa 400 “villanos de Lumbrales” y 280 caballos. Acosados por los portugueses, los castellanos se rinden. El Marqués añade que parlamentaron con ellos y les dejaron retirarse. En *Memorias*, XXXII.

49. El Marqués conoce el nombre propio de los cabos portugueses y a tenor de su fama militar los hostiga o parlamenta con ellos. Así, por ejemplo, combate al portugués Francisco Montero y, por su honor, evita parlamentar con el también portugués Rodrigo de Castro. En *Memorias*, XIX. Con Juan Correa Carneiro llegó a enfrentarse personalmente. Al cabo portugués le dió una estocada por debajo del sobaco derecho. Quedó muerto y se guardó su espada como trofeo. En *Memorias*, XXII.

50. *Memorias*, XXXVIII.